

El parque Tezozomoc, naturaleza correlativa

Tanto si se ilumina,
como si se oscurece,
el jazmín, sigue siendo blanco.
Giorgos Seferis

La Sociedad Norteamericana de Arquitectos de Paisaje otorgó, hace poco más de un año, uno de sus dos máximos premios a un despacho mexicano: "Grupo de Diseño Urbano". Dicho taller fue fundado el año de 1977 por Mario Schjetman Garduño y José Luis Pérez Maldonado, quienes ahí dirigen desde entonces a un equipo de arquitectos y dibujantes, entre los que se encuentran Jorge y Tomás Calvillo, Jorge Sandoval y Estela Tovar.

El primero de agosto del año pasado, el maestro Jorge Alberto Manrique, en las páginas del periódico *La Jornada*, oportunamente nos comunicó la noticia del premio recibido por dicho taller. En aquel artículo, titulado "Arquitectura mexicana: reconocimientos", el maestro Manrique explicaba: "la prestigiosa institución convocante, cuya sede se encuentra en la ciudad de Washington, participó los resultados de su cuadragésimo concurso anual en mayo pasado". Durante aquel mes, el jurado —"en el cual se encontraban personajes de la talla de Joseph Brown, Todd Bennitt y Floyd Zimmerman"— consideró ciento noventa y cuatro proyectos construidos, lo que es condición indispensable para participar en este certamen. "De ellos escogió veintinueve que recibieron 'Merit Awards'; cinco de lo cuales fueron distinguidos con 'Honor Awards'; y solamente dos fueron recipiendarios del Premio del Presidente a la Excelencia en Diseño". Uno de ellos fue, pues, el otorgado a "Grupo de Diseño Urbano" por el parque Tezozomoc.

. . .

El parque Tezozomoc se encuentra al norte del Distrito Federal, en la Delegación

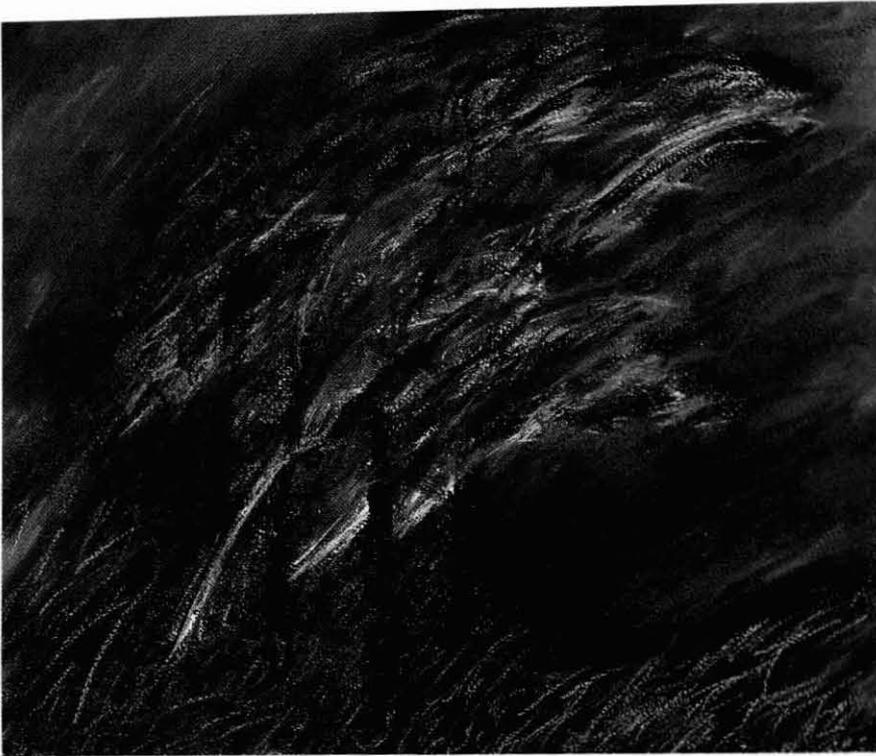


Paisaje con pinos

Azcapotzalco. Ocupa una manzana casi completa, limitada por Avenida de las Armas, Avenida del Rosario, Manuel Salazar y Zempoaltecas. Hacia el extremo suroriente, la continuidad del terreno se ve, sin embargo, interrumpida por unas instalaciones de la Universidad Pedagógica Nacional. El terreno total suma

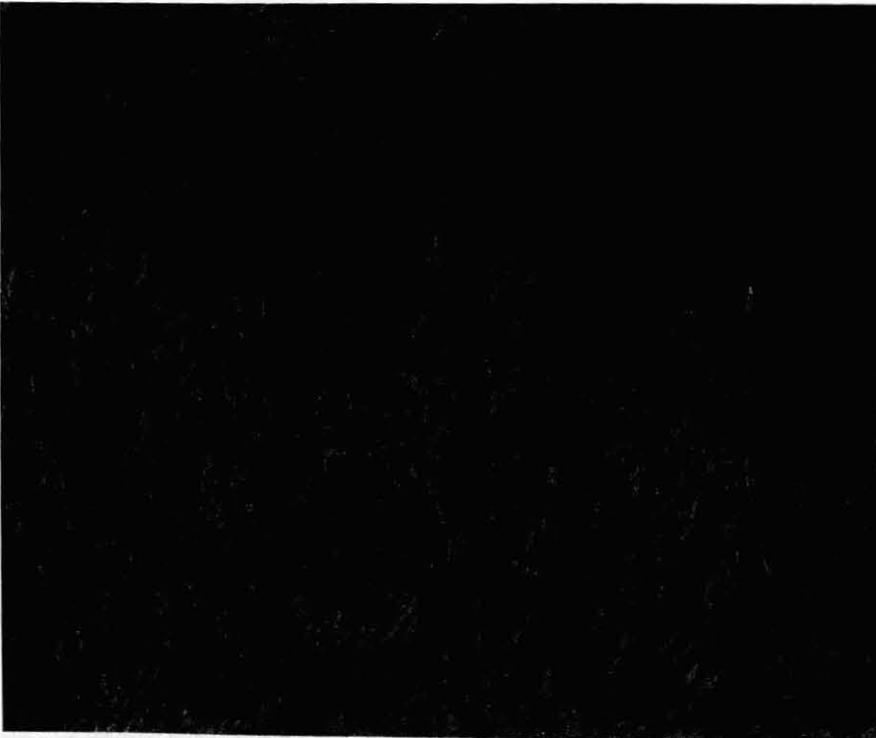
treinta hectáreas. Las obras se realizaron entre los años de 1978 y 1982.

El parque se halla en una zona densamente poblada y con una marcada carencia de espacios comunitarios. Así, cuenta con diversas instalaciones y equipamiento que logran satisfacer, en parte, dichas necesidades. Dado que



pretende, pues, ser un sitio útil, de recreación y esparcimiento, el parque Tezozomoc posee un lago artificial, un auditorio al aire libre, canchas de *basketbaall*, varias cafeterías, una pista de patinaje y una ciclopista, servicios sanitarios, un gran vivero, bodegas, oficinas administrativas y cuatro áreas de estacionamiento.

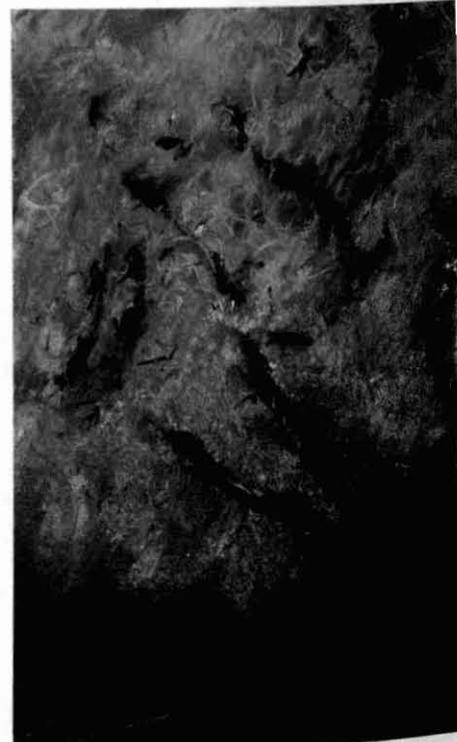
Jardín de flores



El contraste y la paradoja fueron dos ideas que guiaron a los proyectistas del parque Tezozomoc. Éste combina los senderos irregulares, casuales y accidentados, bien sea para peatones o para bicicletas, con caminos y avenidas rectas, las cuales rematan a eje con alguna fuente, acceso, u otro elemento: es el caso de la Plaza Tezozomoc. De igual modo, el

ordenamiento del terreno mismo se enriqueció con soluciones contrastadas. Aquel solar, en el cual se resolvió crear este pensil, era absolutamente plano; un inmenso páramo llano y seco. Al recorrerlo hoy, jamás se imagina que dicha circunscripción haya podido ser una plancha polvosa. ¿Cómo se logró esto? La respuesta es sorprendente por simple. Mario Schjetman logró que gran parte de las tierras producto de las excavaciones realizadas para construir la línea siete del metro se transportaran hasta aquella zona de Azcapotzalco y ahí se volcasen. Se procedía entonces, una vez que llegaba dicho cargamento, al acomodo y la disposición del ondulante paisaje, previa decisión de diseño: ninguna de las cumbres debía exceder los diez metros. Las sinuosidades, así como las diferencias de nivel que, por tanto, posee el parque Tezozomoc, no son naturales; han sido proyectadas por sus arquitectos. Son 'artificiales'. De tal manera, sorprende, insisto, enterarse de que aquel terreno fue en algún momento plano. Pareciera haber poseído siempre esas hondonadas y curvaturas. No obstante, su solución goza de las virtudes de lo natural, de lo aparentemente no diseñado. He aquí la aparición de una naturaleza correlativa; he aquí, pues, la paradoja.

El árbol



Mención aparte merece el lago artificial. Éste se realizó con criterios racionales similares a los que marcaron las pautas para llevar a cabo los accidentes del terreno. El parque se ubica, decíamos, en una zona densamente poblada. Muy cerca se encuentra un gran número de conjuntos habitacionales. Así, el agua del lago proviene justamente de la planta de tratamiento de la unidad El Rosario. Cuenta, además, con un embarcadero, al que da la mayor de las cafeterías —desgraciadamente inhabilitada—. Se calculó asimismo que el lago tuviese surtidores que, al mantener el agua en movimiento, evitan que se pudra. No obstante, la mayor de las virtudes de este lago radica en su capacidad evocadora. Se decidió que reprodujese a escala la silueta con su original orientación del complejo lacustre del valle de México hacia fines del siglo XVI. De tal modo, al recorrerlo podemos distinguir el islote de Tenochtitlán; las penínsulas de Tenayuca-Ecatepec-Coacalco, así como la de Culhuacán-Iztapalapa; los estrechos de Coyoacán-Culhuacán y el de Ecatepec-Chiconautla; y finalmente la ubicación de los asentamientos ribereños a aquel lago: Chapultepec, Coyoacán, Tizapán, Xochimilco, Chalco, Texcoco, etcétera. No sólo esto, y aquí completaremos la explicación anterior relacionada con el lomerío "artificial". En torno al lago, también las tierras se dispusieron reproduciendo

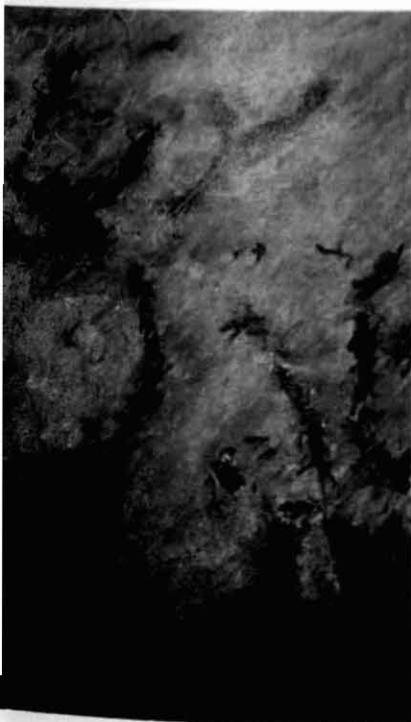


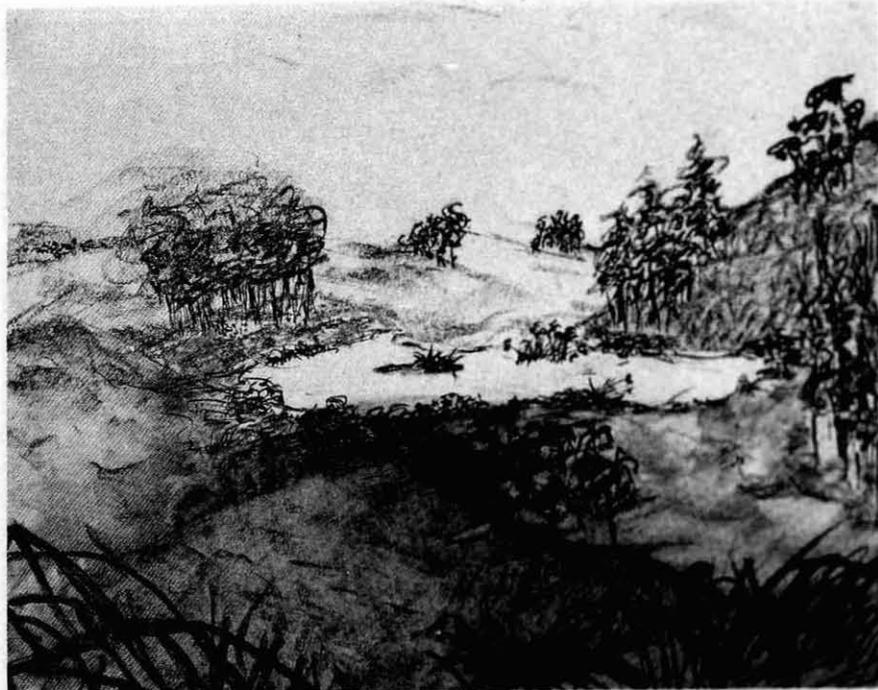
Reflejos y papiros

aproximadamente el contorno de las montañas del valle de México. Tenemos pues ahí ligeras pendientes hacia el poniente, un macizo en dirección sur que recuerda El Ajusco, unas cimas que evocan las laderas y cerros volcánicos de la región oriental de Santa Catarina, así como crestas hacia el nororienté, las cuales quieren rememorar la Serranía de

Guadalupe. El parque posee un mirador, ubicado justo hacia esta última zona; este mismo marca su punto más alto. Desde ahí, en un día claro, se pueden observar las montañas a las cuales aspiran, estas pequeñas, a semejarse. Portentoso paisaje, nuevamente mirado desde una naturaleza correlativa y paralela, pero aquí depositaria de nuestra memoria.

La pareja





La reforestación llevada a cabo en el parque Tezozomoc no sólo consistió en plantar árboles, los cuales en ocho años han logrado una gran lozanía. Son ahora grandes, fuertes y se ven sanos. Se plantaron sí, y enormes cantidades; sin embargo, en este parque todos ellos fueron colocados por especies. Las veredas, caminos y andadores se bordearon con piracantos. Hay, en la zonas planas del parque, grandes bandas de ailes, cortinas de eucaliptos, y conglomerados de pirules. Pero también, se dispusieron macizos de arbustos

singulares: colorines y tilos, así como paréntesis de palmeras y yucas. Existen de pronto, hacia los accesos, profundos sembradíos de rosas y de lirios japoneses. Los pinos mediterráneos fueron ubicados en las cumbres de las pequeñas montañas. En cambio, en las inmediaciones del lago, se situaron sauces llorones, así como nodos de bambúes y papiros. Esta cariñosa reproducción de las condiciones vegetales que existieron en nuestro valle es captada por los usuarios. El parque se mantiene limpio y se advierte el gusto en los visitantes por algo que sienten suyo. Ello es explicable. Recorriéndolo —entre la algarabía de los

niños que han convertido una fuente en alberca—, bien sea por sus andadores o por sus lomeríos, se descubren conmovedoras sugerencias. Esta ordenada y bien dispuesta arborización, ubicada en ondulaciones desiguales, logra con sólo cinco metros de diferenciación de nivel, que un paseante nunca pueda imaginar lo que hallará, y si logre, en cambio, descubriendo perspectivas aparentemente accidentales, fantasear acerca de lo que encontrará adelante.

Lo anterior nos conduce a percibir otra virtud del parque. Este sugestivo espacio también conmueve al visitante por otros medios. Al pasear por él se nos revela una gran riqueza de colores y claroscuros, un brillo muy especial en los tonos, un timbre singular en las superficies y elementos que constituyen este paisaje: rugosos troncos, vibrantes hojas, crecido césped, haces de luz filtrados entre las copas de los árboles, dramáticas sombras, reflejos en charcas estancadas. ¿Cómo se logró esto? Nuevamente la respuesta nos sorprende por su sencillez. Existen aproximadamente trescientas variedades de eucaliptos. Conocemos, asimismo, una enorme gama de ailes. En el parque Tezozomoc, se escogieron para diseñar el paisaje, solamente treinta clases de eucaliptos y otros tantos de los tipos restantes de árboles. Y digo para "diseñar", porque se eligieron en razón a su tipo de hoja, a su coloración, al tamaño y forma que adoptarán cuando se desarrollen cien por ciento, etcétera. Todo ello, para tomar cada una de las disímbolas especies y, habiéndolas colocado por géneros, contrastarlas a la vez entre sí. De este modo podemos encontrar compactas formaciones umbrosas de eucaliptos, en cuyo centro, iluminándolo todo, descubrimos un árbol de una coloratura marcadamente más clara. Asimismo, hay secuencias de ailes en las que, atonal o rítmicamente, se combinan otros árboles de diferentes características.

Son pues, esa naturaleza correlativa y paradójica, ese entorno evocador y diseñado exprofeso, ese tratamiento pictórico del paisaje, los que Marisa Leñero Elu y quien esto escribe intentamos recrear y explicar —por medios complementarios: el dibujo y la escritura— al hacer coincidir nuestras propias intenciones e impresiones con las que les sirvieron de guías a los proyectistas del parque Tezozomoc. ◊

